

HISTORIAS DE CURANDERAS EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES

Las soluciones mágicas tienen una larga tradición dentro de la cultura popular. La fe mueve montañas y también cura los males del alma y del cuerpo.

*Eso vi:
una mujer más elemental que tú
espantando a la muerte con ritos caseros,
cantando con un huevo en la mano,
sacerdotisa más modesta no he visto.*

José Watanabe

Melina Varnavoglou

Nació el 6 de Marzo de 1992 en Buenos Aires. Escribe poesía, estudia filosofía y trabaja como librera en la Librería del Fondo de Cultura Económica.

A los pocos días de nacer, un 18 de diciembre, Gladys volaba de fiebre, lloraba constantemente y le costaba respirar. El pediatra después de revisarla dijo que no sabía qué era lo que tenía. “Llévenla al cura”, encomendó a sus padres, cubriéndole la cabeza con la sábana. El párroco al verla fue aún más lacónico: ofreció darle la extremaunción. A pesar de ser ambos muy creyentes, rechazaron el sacramento y volvieron a casa. Pero para la misa de Nochebuena su mamá regresó a la iglesia a pedir por su hija. Al salir, ya cerca de las doce, encontró a un grupo de mujeres reunidas: una, mucho mayor que las demás y levemente encorvada para que se la escuche, susurraba una oración y las demás la repetían. Cuando vio que habían terminado se acercó a pedir ayuda; una de ellas actuó enseguida: preguntó el nombre, la fecha de nacimiento del bebé y fue a sentarse en un rincón. A la mañana siguiente Gladys mejoró. “Se me había hundido la mollera de la ojeadura que tenía”, relata.

La curandería sigue siendo una herramienta viva para curar enfermedades frente a las cuales la ciencia médica es impotente. Porque no llega, o de hacerlo es incosteable, generando para la vida del que es pobre y enfermo un estigma mayor: reafirmarla como precaria. O porque simplemente, fuera de su farmacopea, las desconoce.



Este “patrimonio de saber empírico expropiado a las mujeres”¹ resiste aún en manos de las curanderas de barrio. Bajo una fe que ni las somete ni las salva, sino que les da una autoridad, algunas llegan a convertirse en sujetos de culto. Es más esto que el efecto comprobable de lo que sea que hagan, lo que les brinda su poder: el lugar social que ocupan en ese espacio asfixiado entre la cruz y la jeringa. Logran aceptar vulnerable al cuerpo, llevarlo hasta su límite infracorpóreo, saberlo sedimento de su historia de dolor, desde la que el de ellas mismas alguna vez tuvo que reconstruirse.

Del campo al barrio

“Empecé a curar desde los 7 años en el campo. Un viejito de San Pedro me enseñó unas oraciones para curar los gusanos de los animales.”, cuenta María Elena Pardo, conocida como “Pichona”, de Arrecifes. Sigue: “Todo el resto que fui aprendiendo fue así. Me lo fue enseñando gente muy vieja que ya dejaba de curar.” No es su caso: a los 85 años, Pichona todavía sigue curando en su casa de Barrio las Flores.

La curandería sigue siendo una herramienta viva para curar enfermedades ante las que la ciencia médica es impotente. Porque no llega, o de hacerlo es incosteable, generando para la vida del que es pobre y enfermo un estigma mayor: reafirmarla como precaria.

Luego de que le contaran del episodio de su nacimiento, Gladys también quiso aprender. En semana santa, a eso de los 17, le enseñaron las oraciones. Fue maestra rural en Pablo Acosta, a 45 km de la ciudad Azul, en el jardín de

la escuela N°37, del que llegó a ser directora. Curaba a sus propios alumnos, cosa que después como docente en la ciudad ya no haría, pero “ahí no quedaba otra” me explica y cuenta: “Una vez que había un chico que no paraba de vomitar del empacho que tenía, lo curé con la cinta de una bandera”.

Ahora, ya jubilada, van a verla a su casa o cura por *whatsapp*. Le llegan entre 6 o 7 mensajes por día, además de los vecinos o conocidos del barrio que vienen a verla. “Algunos vienen tarde, en el verano venían varios insolados a la noche”. “Si son chicos los curo”, concede.

En el campo, Raquel aprendió a curar con su abuela. “La pata de cabra, con cebolla; la culebrilla, con una pluma virgen de gallina y tinta china; para el susto hago un sahumero”, enumera. Después se mudó a Casanova, donde se puso su primer almacén. Ahora se puso otro en Rafael Castillo, donde fui a visitarla. “Hay mucha gente que viene por la culebrilla. Después de pasarles la plumita les preparo una crema con azufre molido, aceite de endén (eso lo usamos en la religión). Son 9 días”.

Ser lo que se cree

Raquel pertenece a la religión umbanda. “Empecé a los 14 años, con una *mai* lesbiana en Casanova”, dice y enseguida empieza a usar términos y expresiones en portugués que de tantos no llego a preguntar. No sé si habrá sido por notarme desorientada, pero de un momento a otro, entra a la casa y vuelve con una cajita, “así ves como es la religión”, dice, invitándome a mirar fotos: “Estas son de la *cigana*, acá tenía 27”. Tiene puestas varias polleras blancas encimadas y en la cabeza, un pañuelo rojo cayendo por la espalda. En la mayoría de las fotos se la ve feliz, abrazada con gente, bailando, pero ante algunas su rostro refleja cierto dolor, una tristeza, “acá estoy con la *mai* que murió” continúa, mientras mira fijo la imagen: “...ella murió hace un mes, Romina de Jová se llamaba, la despedimos unos 500 en el cementerio de Catán”. Pienso en cómo la dignidad de nuestras vidas está pasando cada vez más a definirse a partir de la memoria de nuestras muertas. Pero ¿cómo será la muerte de una que tiene diosas bailándole en el cuerpo? “Las fiestas se hacen acá también”, anuncia, indicándome una especie de garaje al final del patio. “Unas 300 personas vienen”, comenta. Mientras dice eso, Adriana, su concubina, que está recortando el limonero que da a la entrada, acota: “sino se lo llevan por delante”. En la siguiente foto aparece, en cambio, con botas, una túnica blanca y una botella en la mano. “Acá estoy incorporado pero con el *exú*”, aclara. “Si baja el *exú* es un hombre, si baja la *cigana* es una mujer”, me explica como concluyendo con algo.

1- Silvia Federici, *El Calibán y la bruja. Mujeres cuerpo y acumulación originaria*, Buenos Aires, Tinta Limón, 2011, p.327.

A Raquel le bajan los dos.

Pichona, si bien es muy católica, tiene en su cocina un altar con estatuillas de santos populares: del Pancho Sierra, del Gauchito, de la Virgen del Valle, de Santa Rita. Confiesa: “Creo que la gente confía en mí porque una vez que vienen siempre vuelven. Yo no entiendo bien de dónde sale eso, pero es la fe, yo tengo fe y ellos tienen fe en mí”. Pero en lo que más cree Pichona es en Obras, el club local. Siempre con el rosario en el bolsillo reza durante la semana por Obras esperando el domingo. Los futbolistas del club –como Pablo Zabaleta, que ahora juega en el *Manchester City*- se curan con ella y siempre van antes de los partidos a visitarla. También Norberto Fontana, el famoso piloto de TC 2000, iba a verla. Como curandera futbolera se apropió de algún modo de ese universo de fierros y “fulbo” donde sólo los varones son relevantes, convirtiéndose ella misma en una pasión. “Miren, miren que locura miren, miren que emoción, esa es la gran Pichona que rezó por Obras para salir campeón”² le corea la hinchada y cuando ganan, entra al campo de juego con el rosario en alto.

Cuando llegué a Rafael Castillo, me llamó la atención la cantidad de pasacalles y pintadas de San Cayetano, así que le pregunté a Raquel por él. “Yo tengo a San Cayetano adentro”, respondió enseguida. “No tiene nada que ver que sea umbandista”, afirma, pasando a explicármelo muy fácil: “San Cayetano es *bará*, así como *oyaná* es Jesús; yo soy hija de *bará*”. El poder de esta entidad es anfibio ya que puede ser benéfico o maligno, según cómo se lo trabaje. “Cuando vine a vivir acá, tenía el pelo rubio platinado, era una minita yo, pero dejé el travestismo cuando me bajó el santo”, confiesa desde su cuerpo de 57 años de tetas pesadas y con los brazos velludos, coronado por un prolijo rodete; ese con el que todos los días se levanta a las 7 de la mañana a abrir el almacén, después de las sesiones que pueden llegar a extenderse hasta la madrugada. Mientras charlamos, cada tanto tiene que ir a atender y en una de las veces sentencia: “Si cierro el almacén no me alcanza para vivir, pero si cierro el templo me muero al otro día”. Apenas había vuelto y escuchamos que desde afuera unos nenes le gritan “Ismaa...Ismaa”. Entonces va y le vende unas gaseosas. “A mí no me importa, algunos me dicen Raquel, otros, Ismael, mientras no me falten el respeto está todo bien”.

Ponerle precio

Si a Gladys le ofrecen dinero se ofende y retruca: “mejor llevá un alimento al comedor de Beto Hourcade”. Pichona no cobra, pero siempre le dejan. Ex prostituta, para Raquel, en cambio, no es obvia la gratuidad y además del almacén,

vive de lo que cobra a sus clientes:

“Les cobro 300 la consulta si son gente que ya atendí”. Critica mucho a los *paí* que lucran: “Los ves llenos de oro y dicen ‘ay, debe ser un gran *paí*’, le besan la mano con los anillos y ¡mentira! es la plata que les robaron” dice levantando las manos, indignada.

“Empecé a curar desde los 7 años en el campo. Un viejito de San Pedro me enseñó unas oraciones para curar los gusanos de los animales. Así empecé” cuenta María Elena Prado, conocida como “la Pichona”, la curandera más famosa de Arrecifes.

Hay un caso en el que no cobra: para ayudar a conseguir trabajo. Me invitó a pasar a su templo, que consiste en un galponcito iluminado con velas; algunas frutas, runas y botellas en el piso y más atrás, un altar donde tiene colgado el último CV que curó. Lo saca y me cuenta que la persona que se lo trajo ya logró entrar. “Con el primer sueldo que cobrás, tenés que venir y darle de comer al *exú*. Te pide un cigarro de hoja ¿cuánto te sale? 10 pesos, ¿un clavel blanco? igual y un whisky. Eso nomás”, saca la cuenta mientras repite que algunos *paí* cobran más de mil pesos. “Pero yo no cobro nada. Si no tenés trabajo ¿cómo te voy a cobrar?”, cuestiona. Raquel que trabajó en la esquina de Vergara y Gaona durante años sabe del esfuerzo: “Acá vivo hace 22 años, me lo hice con lo que laburé en la calle, me compre este terreno y el de Casanova, ahora vivo del almacén y de las sesiones”. “Y bueno, así luché”, dice levantando el dedo hacia el cielo, mostrándome el piso que está edificando. ■

Agradecimientos:

A Charlie di Palma, estudiante de Letras en la UNAHUR, por todo su trabajo y por haber compartido juntas la experiencia de empoderamiento feminista que implicó recopilar estos testimonios. A Maru García, Lula González, Leandro Gabilondo y a las entrevistadas por su confianza.

2- “Pichona, la hinchada número 1 de Obras”, en *Minuto Arrecifes*, 30 de enero de 2012.